



John Milton

Hipólito Adolfo Taine

Allá donde se confunden el desenfrenado Renacimiento que acaba y la poesía culta que nace, entre los monótonos *conceits* de Cowley y las delicadas galanterías de Walley, surge un genio poderoso y espléndido que la lógica y la exaltación predisponen para la epopeya y la elocuencia: poeta, moralista, liberal, protestante; que canta la causa de Algernon Sidney y de Locke con la inspiración de Spenser y de Shakespeare; sucesor de una época poética, precursor de una época de austeridad; floreciendo entre el siglo de las ilusiones desinteresadas y el de la acción práctica, tiene parecido con su Adán, que al avanzar por terreno enemigo siente tras sí, en el perdido Paraíso, las espirantes armonías de la Gloria.

La de Juan Milton no era una de esas almas ardorosas, incapaces de dominarse, inspiradas por arrebatos, cuya sensibilidad febril las hunde con frecuencia en paroxismos de pena o de alegría, que se prestan para interpretar la diversidad de caracteres, y que, por el torbellino de sus impulsos, están condenadas a describir las contrariedades y el fuego de las pasiones.

Una profunda ciencia, una grandiosa vehemencia, una lógica estricta, forman el fondo de su alma. Milton tenía el talento claro y la imaginación limitada; era incapaz de alucinaciones y también de metamorfosis; concebía la mayor, la más ideal de las bellezas; pero sólo una. No ha nacido para el drama, sino para la oda; no crea almas, pero edifica razonamientos y despierta emociones.

Todo el poder y toda la actividad de su alma se enlazan y ordenan a impulsos de un sentimiento único: el de lo sublime. Y el caudaloso río de la poesía lírica corre así, soberbio, majestuoso, resplandeciente como una vasta lámina de oro.

I

Idea general de su genio y de su carácter. - Su familia. - Educación, estudios y viajes. - Su regreso a Inglaterra.

Ese sentimiento único forma la grandeza y la solidez de su carácter. Contra las vacilaciones de la vida exterior hallaba refugio en sí mismo, y el mundo ideal que en su alma había creado resistía impasible todos los ataques; mundo interior, demasiado hermoso para ser abandonado, demasiado fuerte para ser destruído. Creía en lo sublime con todo el entusiasmo de su alma, con toda la potencia de su lógica, y las sugerencias del primitivo instinto se fortificaban en su espíritu con las pruebas que le proporcionaba el cultivo de la razón. Con esta doble armadura, el hombre puede avanzar sin temor a través de la vida; nutrido constantemente de demostraciones, está capacitado para creer, para amar y para perseverar en su creencia y en su afán, sin que nada, ni hechos ni pasiones, pueda desviarle de la senda emprendida, como a ese ser voluble y tornadizo que se llama un poeta, porque tiene como base principios inmutables. Es capaz de

abrazar una causa y de permanecer fiel a ella hasta el fin; las seducciones, los accidentes, todo es inútil para alterar la estabilidad de su convencimiento y la lucidez de su criterio. Guarda intacto desde el primero hasta el último día el sistema de sus claras ideas; y el vigor viril de su corazón está sostenido por el vigor lógico de su cerebro.

Cuando, como en este caso, la lógica rigurosa se pone al servicio de ideas nobles, el entusiasmo va unido a la constancia, el hombre cree que sus opiniones son, no tan sólo ciertas, sino sagradas, y las defiende, más que como guerrero, como sacerdote, llegando a mostrarse abnegado, heroico, lleno de pasión y de religiosidad. Este conjunto de sentimientos se encuentra pocas veces; en Milton se vió plenamente.

Pertenecía a una familia en que la nobleza moral, el sentimiento del valor y la afición a las artes se habían asociado para tejer alrededor de su cuna las más bellas promesas. Su madre era «mujer ejemplar», famosa entre sus convecinos por su caridad.

Su padre, estudiante en Christ-Church, había sido deaheredado por pertenecer al protestantismo, y formó su fortuna por sí mismo. Sus tareas de abogado no le impidieron dedicarse al cultivo de la literatura, y nunca quiso «abandonar sus inteligentes y destacadas inclinaciones para convertirse en esclavo de la sociedad». Escribía poesías y era un notable músico, figurando entre los mejores compositores de su tiempo. Dió a su hijo esmerada y completa educación, y le hizo retratar por Cornelius Jausen.

Suponga el lector a este niño en una calle de mercaderes, en el seno de una familia burguesa, religiosa, con aficiones a la literatura y a la poesía, de costumbres intachables y aspiraciones elevadas; donde se pone música a los salmos y se escriben versos en honor de la reina. *Oriana (La reina Isabel)*; donde la pintura, el canto y la recitación, galas del Renacimiento, sirven de vestidura y ornato a la firme gravedad, a la laboriosa honradez y al profundo cristianismo de la Reforma. De este medio en que se educa Milton nace su genio. Llevó el esplendor del Renacimiento a la seriedad de la Reforma, la magnificencia de Spenser a la rigidez de Calvino, y, encontrándose con su familia en la unión de dos culturas, las reunió.

Aun no había cumplido diez años ya tenía un maestro sabio «y puritano, que le cortó el cabello al rape». Además, asistía a la escuela de San Pablo y, más tarde, a la Universidad de Cambridge, para instruirse en «la literatura culta». A partir de los doce años trabajaba hasta medianoche, a veces hasta más tarde, a pesar de su mala vista y de las jaquecas que padecía. «Cuando yo era niño no me agradaban los juegos infantiles -dice uno de sus personajes, parecido a él (*Paradise Regained*). Con gravedad aplicaba mi espíritu a estudiar y aprender, para colaborar de esta manera en beneficio de la comunidad; me creía destinado a promover la rectitud y la verdad».

Efectivamente, lo mismo en la escuela y en Cambridge que en la casa paterna, se mostraba incansable para el estudio. «Libre de censuras y aprobado por todos los hombres honrados», recorría la extensión inmensa de las literaturas griega y latina, pero no sólo la de los grandes maestros, sino la de todos, hasta de los de la Edad Media. Aprendía al mismo tiempo el hebreo antiguo, el siríaco, el hebreo de los maestros del culto judaico, el francés, el castellano, la antigua literatura inglesa, toda la literatura italiana, tan provechosamente y con tanto interés que escribía en prosa y en verso latino e italiano como un latino o un italiano. Y estos estudios no le impedían dedicarse a los de las matemáticas, la música, la teología y otras ciencias y artes.

Este intenso trabajo estaba encaminado a un gran proyecto. «Por decisión de mis padres y de mis amigos -confiesa- estaba destinado desde la niñez al servicio de la iglesia, y a este propósito concurrían mis propias resoluciones; mas cuando llegué a la edad madura advertí la tiranía que había invadido a la Iglesia, tiranía que había llegado al extremo de que quien quería tomar las órdenes religiosas estaba obligado a declararse esclavo por juramento solemne y bajo su firma, de manera que, salvo que la promesa fuese a gusto de la conciencia, era preciso sufrir el derrumbe de la fe o ser perjuro. Entonces creí preferible un silencio sin reproche a ejercer el sagrado oficio de la palabra, adquirido a expensas de la servidumbre y del perjurio». Negábase a ingresar en el sacerdocio por la misma razón que había querido formar parte de él; tenían el mismo origen la ambición y la renuncia: la decidida voluntad de conducirse siempre con nobleza.

Resuelto a seguir en la vida seglar, continuó estudiando y perfeccionando su espíritu con pasión y con método, sin caer en rigorismo ni en pedantería; por el contrario, siguiendo el ejemplo de su maestro Spenser, en el Allegro, el Penseroso y el Comus, ornaba con hermosas filigranas los tesoros de la mitología, de la naturaleza y de la imaginación.

Completados sus estudios, partió para Italia, tierra de la belleza y de la ciencia. Allí conoció a Grotius y a Galileo, se relacionó con sabios, escritores y hombres de mundo, escuchó a los compositores y admiró las infinitas bellezas que el Renacimiento amontonó en Florencia y en Roma. Su erudición y su conocimiento del

latín y el italiano le proporcionaban la simpatía de los humanistas; así pudo decir, al regresar de Florencia, que allí «se encontraba tan bien como en su propia patria». Adquiría libros y música, que mandaba a Inglaterra, y tenía el propósito de recorrer otros dos centros de cultura de la antigüedad: Grecia y Sicilia.

Elegía libremente las más perfumadas y hermosas flores abiertas al calor del sol del Mediodía, sin mancharse con el barro que las rodeaba. «Pongo a Dios por testigo -decía algún tiempo después- de que, en todos los lugares donde es tan deliciosa la vida, he permanecido puro y alejado de toda clase de vicios y degradaciones, teniendo siempre presente la idea de que si podía huir de la mirada de los hombres, no podía evitar la de Dios».

Milton conservó su concepto sublime de la poesía en medio de las galanterías y de las insipideces que prodigaban enamorados y académicos. Pensaba elegir un tema heroico de la historia antigua de Inglaterra, y afirmábase en su opinión (*Apology for Smectymnus*) de que «quien quiere escribir sobre cosas dignas de elogio, si no desea ver frustrada su ilusión, debe ser él un verdadero poema, vale decir, reunión y ejemplo de las cosas mejores y más honrosas, no presumiendo de cantar alabanzas a héroes insignes o a ciudades famosas sin antes tener la experiencia y la práctica de todo lo que es digno de ser cantado».

Entre todos los poetas, amaba por su pureza a Dante y a Petrarca, y decía que «si la impudicia en la mujer, a quien llama San Pablo la gloria del hombre, es tanta deshonra y vergüenza, en el hombre, que a un tiempo mismo es imagen y gloria del Señor, debe ser ciertamente, aunque no todos lo crean, vicio más infame y vergonzoso». Opinaba que «todo hombre, por nacimiento, y sin necesidad de jurarlo, debe ser un campeón» en la defensa y en la práctica de la honestidad, y por su parte conservó su pureza hasta que se casó (véase *passim* su *Tratado del divorcio*, donde está transparente).

Su resistencia fue siempre igual de firme, cualquiera que fuese la tentación, el temor o el atractivo.

Evitaba siempre, por dignidad y conveniencia, las discusiones sobre religión; pero, si atacaban la suya, no dudaba en defenderla con firmeza, incluso en Roma, frente a los hijos de San Ignacio de Loyola que conspiraban contra él, a un paso del Vaticano y de la Inquisición.

Lejos de ahuyentarlo, el deber peligroso le atraía. Cuando la revolución lanzó sus primeros rugidos, resolvió volver a su patria impulsado por su conciencia, como el soldado que al sentir la voz del clarín corre al peligro, «persuadido de que para él era vergonzoso pasar el tiempo tranquilamente en el extranjero, cuando sus compatriotas estaban luchando en defensa de la libertad».

Desencadenada la guerra, presentóse como voluntario, ofreciendo su pecho, en las primeras filas, a los más rudos golpes. En su educación, en toda su juventud, en sus lecturas y en sus estudios, en sus palabras y en sus actos, se descubre el pensamiento que le domina constantemente: la resolución de crear y sostener en sí mismo el hombre ideal.

II

Efectos del carácter reconcentrando y amigo de la soledad. - Su austeridad. - Su inexperiencia. - Su casamiento y sus hijos. - Sus disgustos domésticos.

.....

Reintegrado a su patria, Milton se engolfó de nuevo en el estudio, y en su hogar recibió algunos discípulos, obligándolos a vivir en la misma rigidez que él se había impuesto en cuanto a lecturas serias, régimen frugal, conducta severa, aislamiento casi religioso.

De pronto, al regreso de un viaje al campo, contrajo matrimonio (en 1643, a los treinta y cinco años de edad). Muy pocas semanas después, su esposa volvió a la casa de sus padres, negándose a continuar viviendo con él, sin hacer caso de las cartas que le mandaba y despidiendo desdeñosamente a quien se las llevaba.

Eran de caracteres opuestos.

A las mujeres nada les disgusta tanto como los caracteres austeros y reservados, sabiendo que no pueden dominarlos; les molesta su gravedad, las retrae su orgullo, las alejan sus preocupaciones; se sienten supeditadas a intereses comunes o a curiosidades intelectuales, como si fuesen un estorbo, o, cuando más, cual si se las tratara con condescendencia, como a un ser inferior o de escasa capacidad, quedando sin participar de la igualdad a que aspiran, y de cuya pérdida sólo puede compensarlas el amor.

.....

Dicen los biógrafos que «Milton tenía una gravedad natural y un espíritu severo, incompatible con las minucias», y que su alma vivía en alturas que no son las de la vida doméstica. Se le acusaba de ser «adusto y violento», y es posible que amase tanto su dignidad de hombre y su autoridad de marido hasta el extremo de considerar que no era respetado, estimado y obedecido como, en su opinión, merecía serlo.

Pasaba la mayor parte del día entregado a la lectura, y el resto del tiempo vivía en un mundo elevado y abstracto que comprenden muy pocas mujeres, y menos que ninguna, la suya. Había elegido compañera, como hombre abstraído por el estudio, con la inexperiencia propia de su vida austera y pura. De igual manera el abandono de su esposa le afeetó como sabio, irritándole tanto más cuanto que desconocía los procedimientos de la sociedad. Sin temor al ridículo, con la rigidez de un soñador que de pronto descubre la vida real, se puso a redactar tratados en favor del divorcio, firmándolos con su nombre y apellido y dedicándolos al Parlamento. Como su esposa se negaba a volver al domicilio conyugal, y como tenía en su favor algunos pasajes de la Biblia, creyóse divorciado, y en esta creencia empezó a enamorar a otra mujer. Pero, de pronto, al ver llorando ante sí a su esposa, la perdonó y reanudó su infortunado matrimonio, sin que de nada le sirviese después la experiencia, pues aun contrajo nupcias otras dos veces, la última con una mujer treinta años más joven que él.

No fueron más felices ni menos extraños los demás acontecimientos de su vida doméstica. Convirtió en secretarías a sus hijas, poniéndolas a leer idiomas que no entendían, tarea que les causaba repulsión y de la que se quejaban con amargura. Su padre, en cambio, las acusaba de no ser respetuosas ni amables con él (*undutiful and unkind*), de no cuidarle, de ponerse de acuerdo con la criada para robarle, de llevarse sus libros para vender poco a poco toda la biblioteca a los chamarileros.

Cuando se supo que iba a casarse una vez más, su segunda hija, María, exclamó: «Esa boda no es una noticia; la verdadera noticia sería la de su fallecimiento»; terribles palabras que reflejan la tragedia de la existencia en aquél hogar.

Ni la naturaleza ni las circunstancias habían formado a Milton para gozar de la felicidad.

III

Su energía de militante. - Polémicas contra los obispos y contra el rey.- Su entusiasmo y su inflexibilidad. Sus teorías acerca del Gobierno, de la Iglesia y de la educación. - Su estoicismo y su virtud. - Sus ocupaciones, su persona y su vejez.

Estaba formado para la lucha, y a ella se entregó desde su regreso a Inglaterra, valiéndose de las armas que le proporcionaban la lógica, la erudición y la cólera, y acorazándose con la convicción y la conciencia. «En cuanto fué concedida la libertad, al menos de palabra -dice él-, todas las bocas eligieron por víctimas a los obispos... Despertado por el general clamor, y viendo que se seguía el verdadero rumbo de la libertad, y que, a partir de entonces, los hombres se disponían a librar la vida humana de la servidumbre..., como desde joven me había dedicado con preferencia a conocer todo lo referente a las leyes divinas y humanas.. , resolví poner de este lado toda la fuerza y la actividad de mi espíritu, a pesar de hallarme ocupado entonces en meditar sobre otros asuntos». Fruto de esta resolución fue su tratado *De la Reforma en Inglaterra (1641. Of Reformation in England and the causes that hitherto have hindered it)*, en el que satirizaba y combatía con altivez y rudeza al episcopado y a sus partidarios. Al ser refutado y censurado, redobló sus ataques hasta destrozar a los que habían caído en los primeros embates. Arrastrado hasta el límite extremo de sus creencias, como el jinete que se lanza a galope contra las líneas del enemigo, rompiéndolas no dudó en atacar al rey, defendiendo la abolición de la monarquía así como antes había pedido la del episcopado.

Al mes de ser decapitado Carlos I, Milton justificó la ejecución y contestó al *Eicon Basilice* y a la *Defensa del rey*, hecha por Saumaise, con un estilo incomparable y un desdén soberbio, combatiendo como apóstol de una causa como hombre que conoce la superioridad de sus argumentos y que quiere hacer sentir su ciencia y su lógica aplastando con decisión a sus adversarios, que calificaba de ignaros, de espíritus inferiores y de corazones ruines.

.....

Luego de razonar la decapitación, la santificó; tras haberla justificado por las leyes de los hombres, la consagró por los dictados celestiales; colocada al abrigo del derecho, la colocó también al abrigo de la Divinidad, que humilla «a los reyes ensoberbecidos y arbitrarios, y que los condena con toda su raza». «Guiados por su mano visible para la libertad y el bien, casi perdidos, dirigidos por él, adorando sus divinas huellas, que nuestros ojos advierten por todas partes, hemos entrado bajo sus auspicios, no por senda oscura, sino clara y expedita». Termina aquí el razonamiento con un canto de triunfo, dejando paso el combatiente al entusiasta. En todos sus avtos y en todas sus teorías aparece de este modo. Las férreas y disciplinadas filas de argumentos que presentaba en orden de combate trocábanse en su corazón, cuando llegaba el triunfo, en procesiones que entonaban graves y solemnes himnos. Transportado fuera de la realidad, se hacía la ilusión de vivir como adalid y pontífice que, dentro de su férrea armadura, no vacila en enfrentarse con la verdad.

De tal modo estaba entregado a su lucha y a su apostolado, y tan defendido se hallaba contra las seducciones de los sentidos, que hasta él no llegaban las pequeñeces de la sociedad ni las lecciones de la vida.

Siendo incapaz de guiar a los hombres y de seguirles, en Milton no había nada que se pareciera a los sentimientos ni a las habilidades del estadista, hombre astuto que se detiene en la mitad de la marcha, que tantea observando los acontecimientos, que mide las posibilidades que pueden ofrecerle las cosas y que utiliza la lógica buscando las soluciones prácticas. Soñador y especulativo, obsesionado por sus ideas, sólo en ellas ve y aprende.

Al escribir contra los obispos, pretende que se los suprima rápida y totalmente, exigiendo que se establezca el culto presbiteriano de inmediato, sin reserva ni contemporalización de ningún género; opina que es orden de Dios y deber de todos los fieles, y no deben desoírse las órdenes divinas ni puede jugarse con la fe. Del nuevo culto ve surgir un enjambre de virtudes: libertad, concordia, piedad, dulzura.

El rey nada debe temer, porque su poder quedará afirmado por el nuevo culto; veinte mil asambleas democráticas respetarán estrictamente su derecho (*The Reformation*).

Sonríe pensando en tales ideas, dejando descubierto al hombre partidario que, cuando era inevitable la restauración, cuando «la multitud estaba enloquecida por el deseo de tener un rey», hacía pública «la sencilla y rápida manera de organizar una república libre», cuyo plan describía detalladamente; descubriendo igualmente al teórico que, para pedir el establecimiento del divorcio, recurría a la Biblia, pretendiendo modificar las instituciones civiles de un país simplemente cambiando el sentido corriente de unos versículos. Con el sagrado texto en la mano y cerrados los ojos, va de una consecuencia en otra, atropellando prejuicios, costumbres, necesidades e inclinaciones; cual si el razonamiento o la fe religiosa constituyeran por sí solos al ser humano; cual si la evidencia produjera siempre la creencia; cual si ésta llevara siempre a la práctica; cual si, en la lucha de las doctrinas, la verdad o la razón dieran siempre a aquéllas la victoria y el predominio.

Llevando su ideología al extremo, Milton preparó el boceto de un tratado de educación, en el que proponía enseñar a los jóvenes todas las artes, todas las ciencias y, por si esto era poco, todas las virtudes. «El maestro -escribía- que tenga el talento y la elocuencia precisos podrá en poco tiempo comunicar a sus discípulos una energía y una actividad increíbles, infundiendo en sns jóvenes espíritus tan generoso y noble ardor que muchos de ellos llegarán a ser sin duda hombres ilustres».

Durante muchos años, Milton se había dedicado a la enseñanza. Para abrigar aquella ilusión, después de su experiencia en ese sentido, era preciso ser insensible a las lecciones de la realidad y los desengaños.

Mas su fuerza residía en su rigidez, y la misma estructura interior que cerraba su espíritu a las enseñanzas daba a su corazón valor contra los desfallecimientos.

.....

Había perdido voluntariamente el sentido de la vista, escribiendo sin descanso, a pesar de habérselo prohibido los médicos, para justificar al pueblo de Inglaterra contra las expresiones violentas de Saumaise. Asistió al hundimiento de la república, vió proscribir sus doctrinas, sufrió la difamación de su honor. Cundía a su alrededor el repudio a la libertad y el entusiasmo por el vasallaje; todo un pueblo se arrodillaba a los pies de un joven depravado, traidor e incapaz; los gloriosos jefes puritanos eran condenados a la horca, arrancados vivos de ella a veces, para ser arrastrados por las calles entre burlas; los que habían muerto sin pasar por las manos del verdugo eran desenterrados para ser expuestos al escarnio del populacho; los que

habían huído a tierra extraña estaban constantemente bajo las amenazas y los atentados de los realistas: y otros, los más desgraciados, habían traicionado su causa por dinero o por honores, y figuraban entre los perseguidores de sus antiguos hermanos de fe.

Los ciudadanos más austeros y piadosos del país estaban encerrados en las prisiones, o vagaban atemorizados, en medio de la indignancia y del escarnio, mientras que el vicio enseñoreado del trono reunía a su alrededor a la plebe, alentándola en la avaricia y en la sensualidad.

Milton se vió precisado a ocultarse; sus obras fueron quemadas en público por el verdugo; fué aprisionado aún después del perdón general, y ni al ser puesto en libertad podía estar tranquilo, porque el fanatismo de cualquier exaltado podía esgrimir contra él el arma que no había utilizado la vindicta pública.

Aunque de menos importancia, otras desdichas pesaban aún sobre su alma. Las confiscaciones, una quiebra y el gran incendio que sufrió Londres priváronle de las tres cuartas partes de su fortuna (*un scrivener le hizo perder 20.000 pesos. La Restauración se negó a pagarle una cantidad igual que tenía colocada en el Excise Office, y además le quitó una finca que le rentaba 500 pesos, y que él había adquirido de los bienes pertenecientes al cabildo de Westminster. En el incendio de Londres perdió la casa que poseía allí. A su muerte dejó unos 16000 pesos, comprendiendo con esta suma el valor de su biblioteca*); sus hijas tratábanle con terrible desconsideración, llegando a vender sus libros porque sabían que, muerto él, no tendrían ninguna utilidad para la familia; y el poeta permanecía tranquilo en medio de ese cúmulo de desdichas públicas e íntimas. No renegaba de lo que había hecho; al contrario, lo ponderaba; no se abatía, sino que se enardecía; y, en lugar de acobardarse, adquiría nuevos bríos.

.....

Milton vivía en una casita de Londres o en una quinta del condado de Buckingham, frente a una verde colina, donde escribió su *Historia de Inglaterra*, el *Tratado de la verdadera religión y de la herejía* y proyectaba un gran tratado sobre la doctrina cristiana.

.....

Por las mañanas se hacía leer un capítulo de la Biblia en hebreo; después quedaba unos instantes en silencio, meditando sobre lo que había oído. No concurría nunca a las iglesias. En religión, como en todo lo demás, era independiente, bastábase a sí mismo; y como en ninguna de las distintas sectas hallaba huellas de la verdadera religión, rogaba a Dios sin necesidad de cualquier ajena intervención.

Hasta el mediodía permanecía estudiando; después de almorzar y de hacer ejercicio tocaba el órgano o el violoncelo. Luego reanudaba el estudio hasta las seis, y las primeras horas de la noche las empleaba en conversar con los amigos.

Estos hallábanle generalmente «en una pieza revestida de tapicería verde, antigua, sentado en un sillón y pulcramente vestido de negro». «Era de color pálido -dice uno de sus visitantes-, pero no cadavérico; padecía de gota en los pies y las manos; sus cabellos oscuros caían a ambos lados de su rostro en largas guedejas; sus ojos grises y serenos no parecían ciegos».

Había sido muy hermoso en su juventud, y sus mejillas, tersas como las de una niña, permanecieron sonrosadas hasta su muerte. Era afable, tenía el andar firme y viril, atestiguando valor e intrepidez. En todos los retratos que de él hay, se le nota algo grande y altivo, y seguramente pocos hombres han honrado tanto como él la especie humana.

Esta noble vida se apagó como el sol que, brillante y sereno, se oculta en el horizonte. En medio de tan dolorosas pruebas, el cielo le concedió una grande y pura alegría. El poeta, sepultado por el puritano, reapareció más soberbio que antes para dar al Cristianismo un nuevo Homero.

.....

IV

El prosista. - Cambios ocurridos desde hace tres siglos en las fisonomías y en las ideas. - Pesadez de su lógica. - Rudeza en sus discusiones. - Animosidad violenta. - Liberalismo de sus doctrinas. Amplitud de su elocuencia. - Riqueza de imágenes. - Lirismo y sublimidad de su obra.

Tengo ante mí el terrible volumen en que fueron reunidas las obras en prosa de Milton, poco después de la muerte de éste. ¡Qué obra! Crujen las sillas bajo su peso, y después de manejarla durante una hora, los brazos duelen tanto como la cabeza. Este libro es digno de aquellos hombres; ya su aspecto exterior da idea de cómo eran los polemistas y teólogos cuyas ideas están contenidas allí. Debe recordarse que el autor fué literato, filósofo, viajero y, para su tiempo, elegante y hombre de mundo.

Sin quererlo, vienen a la imaginación los retratos de los teólogos de aquel siglo; recias figuras modeladas en el acero por el buril de los artistas, y cuya frente alta y ojos fijos sobresalen con violento relieve de la tabla de encina oscura. Compárense aquellos rostros con los de hoy, cuyas finas y complejas facciones parecen estremecerse bajo innumerables ideas y sensaciones. Reflejan aquellas figuras la abrumadora educación latina, los ejercicios espirituales, el trato duro, las ideas extrañas, los dogmas impuestos, que obsesionaban, oprimían, fotificaban, endurecían a la juventud de pasadas épocas, y se cree ver un osario de mastodontes y megaterios reconstruídos por Cuvier.

Diríase que ha cambiado la raza. Nuestro espíritu se inclina ante la idea de tanta barbarie y de tanta grandeza, pero podemos descubrir que aquélla fue causa de ésta. Así como en el fango primitivo y bajo el follaje de bosques inmensos hubo monstruos corpulentos que, retorciendo pesadamente sus lomos cubiertos de escamas con sus terribles dentaduras se arrancaban pedazos de carne, de igual manera vemos hoy a distancia, desde la serena altura de nuestra civilización, los combates de los teólogos que, armados de textos y acorazados de silogismos, cubríanse de improperios y procuraban devorarse mutuamente.

Milton combatió en primera fila, predestinado por sus cualidades personales y por las costumbres que le rodeaban a distinguirse en la fiereza y en lo grandioso; capaz de manifestar la lógica, el estilo y el espíritu del siglo con relieves imborrables.

La vida de los salones ha afinado el espíritu de los hombres. Ha sido precisa la sociedad con las damas, la carencia de menesteres graves, la holganza, la vanidad, la tranquilidad, para que imperasen la elegancia, la urbanidad, la sátira ligera; para que se impusiesen el deseo de agradar, el temor de causar molestias, la claridad, la corrección, el arte de las transiciones delicadas y de las finas atenciones, la afición a las imágenes adecuadas, la educación social, en fin.

No debe buscarse nada de esto en Milton. Cerca de él está aún la escolástica, que influye incluso en los que la destruyen. Bajo esta armadura secular, la discusión camina tardía y pedantesca; se empieza por fijar la tesis, y por eso Milton pone al frente de su Tratado sobre el divorcio, en gruesos caracteres, la proposición que va a demostrar:

«Que una mala disposición, incapacidad o contrariedad de espíritu, originada por una causa de naturaleza invariable, impidiendo y debiendo probablemente impedir siempre los principales beneficios de la sociedad conyugal, que son la paz y el consuelo, es motivo de divorcio mayor que el de la frigidez natural, especialmente si no hay hijos y sí el consentimiento mutuo de separarse».

Después de la tesis aparece, en legiones incontables, el disciplinado ejército de los argumentos; los batallones, que son los capítulos, forman numerados del 1 al 10, cada cual con su título en caracteres bien visibles. Se ve que el autor escribe para la gente de Oxford, eclesiásticos o legos habituados a confusas disputas, capaces de sostener una atención obstinada, acostumbrados a digerir indigestos mamotretos; que se encuentran a sus anchas entre los matorrales escolásticos, abriéndose camino casi a ciegas, sufriendo casi sin sentir los arañazos que a nosotros nos espantan, y sin tener idea de la claridad que ahora pedimos en todo.

En vano es buscar en estos pesados razonadores el ingenio, porque éste es la agilidad de la razón triunfante, y entre ellos, por ser todo tan potente, todo es tan pesado.

.....

Milton odiaba ferozmente y combatía con la pluma, como los voluntarios fanáticos con la espada, con obstinación y reconcentrada furia. El rey y los obispos pagaban de este modo once años de despotismo, porque cada cual se acordaba de los destierros, de los castigos corporales, de las confiscaciones, de las sistemáticas violaciones a la ley, de las persecuciones constantes que ponían la libertad individual a merced del capricho de la autoridad, de la idolatría impuesta por los obispos a las conciencias cristianas, de la saña

con que se perseguía a los predicadores fieles, arrojándolos a los desiertos africanos o entregándolos a la horca y a la picota.

El recuerdo de tales excesos dejaba en los espíritus enérgicos odios inextinguibles, como se ve en los escritos de Milton, que reflejan un feroz encarnizamiento. Es desconsoladora la impresión que deja la lectura de su *Iconoclastes* (respuesta a la obra *Retrato real*, atribuida al propio rey). El rey es refutado frase por frase y acusado sin piedad, sin que se le deje respiro alguno, sin concederle la menor excusa, el menor asomo de razón.

Era tan violento el odio de Milton a los obispos que vivían en la opulencia que no basta para expresarlo la acritud de las metáforas más venenosas. Los presentaba «alardeando vanidad y calentándose al sol de la riqueza y de los ascensos» como nido de asquerosos reptiles. «La envenenada hez de su hipocresía, amasada con la agria levadura de las tradiciones humanas, es el huevo de serpiente de donde saldrá en alguna parte un Anticristo tan monstruoso como el tumor que le nutre».

Estas rudas y brutales groserías eran una especie de coraza exterior, indicio y defensa de la fuerza y de la vida rebosante que tenían los cuerpos de aquellos atletas.

.....

Puritano contra el episcopado, independiente contra los presbiterianos, fué siempre dueño de su pensamiento y de su creencia. Jamás nadie como él ha amado ni practicado ni ensalzado el libre y constante uso de la razón, que ejerció hasta la temeridad, hasta la osadía.

Se rebeló contra la costumbre (*The Doctrine and Discipline of Divorce*), reina ilegítima de la creencia humana, enemiga nata y encarnizada de la verdad; atacó el matrimonio, y pidió el divorcio en el caso de incompatibilidad de carácter entre los cónyuges. Declaró «que el error sostiene la costumbre; la costumbre acredita el error, y los dos, unidos y apoyados por el numeroso e inconsciente cortejo de sus sectarios, acosan con sus gritos y con su ignorancia, calificándolos de fantasía y tachando de pernicioso innovación los descubrimientos de la razón libre».

«Cuando llega al mundo una verdad -dijo-, llega con calificativo de bastarda, para vergüenza de quien la engendra, hasta que el tiempo, que no es padre, sino comadrón del conocimiento, reconoce al niño legítimo y derrama sobre su cabeza el agua y la sal.» Sostuvo estas opiniones en tres o cuatro escritos, a pesar del desbordamiento de injurias y de anatemas, y aun se atrevió a atacar ante el Parlamento la censura, que era obra del Parlamento (en su *Areopagítica*), hablando como hombre herido y oprimido, para quien la interdicción pública es un ultraje y que, al ser encadenada la nación, se siente también encadenado.

Como no quería que la pluma de un censor asalariado ofendiese con su aprobación la primera página de su libro, y odiando esta mano ignorante e imperativa, reclamó la libertad de escribir por las mismas razones y títulos que la libertad de opinar.

«¿Tiene alguna ventaja un hombre sobre un niño de escuela -escribe-, si sólo nos hemos librado de la férula del maestro para caer bajo la del *imprimatur*; si los escritos serios y meditados no pueden ser publicados sin la autorización tardía de un censor distraído, cual si fueran temas de un estudiante de gramática que el pedagogo aprueba o rechaza? Cuando un hombre escribe para el público, llama en su ayuda a toda su razón, a toda su reflexión; busca, medita, inquiere, y generalmente consulta y discute con sus más juiciosos amigos. Hecho esto, procura instruirse del asunto de que va a tratar tan concienzudamente como los que antes que él lo han tratado. Si en este acto, el más meditado de su celo y de su madurez, ni la edad, ni la diligencia, ni la prueba anterior de su capacidad pueden exceptuarle de sospecha y desconfianza, a menos que lleve todas sus investigaciones, todas sus vigiliias, todo su gasto de luz y trabajo ante los presurosos ojos de un censor atareado, acaso mucho más joven que él, tal vez de menos criterio, que quizá no conozca los sinsabores de escribir un libro, de modo que, si su obra no es rechazada u olvidada, deba aparecer impresa con la mano de su censor sobre las letras del título, en prueba y caución de que el autor no es idiota ni corruptor, lo que se consigue es deshonor y menoscabo para el autor, para el libro, para los privilegios y la dignidad de la literatura.

«Que se abran todas las puertas; que entre el sol, que cada cual piense y exponga sus pensamientos a la luz del día. Lejos de asustaros las divergencias, regocijaos por tan gran trabajo. ¿Por qué insultar con el nombre de cismáticos y de sectarios a los que trabajan?

«Cuando se edificaba el templo del Señor, unos aserraban los cedros, otros cortaban y labraban las piedras; ¿había gentes tan insensatas que desconociesen la necesidad de que las piedras y los maderos

sufrieran mil divisiones y cortes antes de que estuviera construída la casa del Señor? Y cuando la industria une las piedras, no pueden ser continuas, sino contiguas. La perfección consiste, pues, en que de esas mil diversidades limitadas, de esas mil diferencias fraternales, nazca sin notable desproporción la hermosa y agradable simetría que embellece el conjunto de la obra.»

Milton triunfa aquí por simpatía, expresándose en bellas imágenes y desplegando en su estilo la fuerza que observa a su alrededor y en sí mismo. Elogia la revolución, y el elogio parece un toque de clarín soplado por un pecho de bronce.

.....

Al arraigar una idea en un espíritu lógico, vegeta en él y fructifica, produciendo infinidad de ideas accesorias y explicativas que la rodean, uniéndose entre sí y formando una espesura, un bosque. Las frases son inmensas, y para encerrar tantas razones encadenadas, tantas metáforas acumuladas alrededor del pensamiento dominante, necesita períodos de toda una página. En este gran alumbramiento, el corazón y la razón se excitan; razonando, Milton se exalta, y la frase sale disparada como catapulta que redobla la fuerza de su impulso por la enormidad de su peso.

.....

A la manera de Shakespeare, con cualquier motivo, y hasta sin motivo, escandaliza a los clásicos y a los franceses. «Como los corruptores de la fe -dice- no pueden hacerse celestiales y espirituales, han convertido a Dios en un ser terrestre y carnal; trocando su esencia sagrada y divina en una forma exterior y corporal; le han adorado, incensado, hisopeado; le han vestido, no con trajes de pura inocencia, sino con restos de extrañas y fantásticas vestiduras, con mantos, mitras, oro y oropel, recogidos en el viejo guardarropa de Aarón o en el vestuario de los flámenes. Desde entonces el sacerdote se vió obligado a estudiar sus gestos, sus posturas, sus liturgias, hasta que el alma, amortajándose de esta suerte en el cuerpo y entregándose a las delicias materiales, abatió sus alas y se dejó caer a la tierra. Viendo las comodidades que su visible y sensual colega recibía del cuerpo, y encontrando sus alas rotas, emancipóse del trabajo de ascender a las alturas; olvidó su elevado vuelo, y dejó al inerte y lánguido esqueleto arrastrarse por el antiguo camino, aceptando la repulsiva misión de una conformidad mecánica».

Si no se descubrieran aquí registros de fatalidad teológica, parecería que estábamos leyendo un imitador de Fedra.

Por entre la ira del fanático se reconocen las imágenes de Platón. Hay frases que por la belleza viril y el entusiasmo recuerdan el acento de la República. «No puedo elogiar -dice- una virtud fugitiva y enclaustrada, inexperimentada, inanimada, que nunca abandona su retiro, ni mira de frente a su adversario, sino que esquiva la lucha en que los corredores, en medio del calor y el polvo, se disputan la guimalda de la inmortalidad».

Mas es platónico sólo por la riqueza y la exaltación; para lo demás es el hombre pedante y grosero del Renacimiento: ultraja al Papa, que después de la donación de Pepino el Breve «no dejó de perseguir y de ensangrentar a los sucesores de su caro señor Constantino con maldiciones y excomuniones escandalosas». Para defender a la prensa, acude a la mitología, demostrando que en pasados tiempos «ninguna envidiosa Juno se sentaba con las piernas cruzadas para el alumbramiento de una inteligencia». No importa que estas sabias imágenes sean modestas y grandiosas: son potentes y naturales. La superabundancia y la rudeza expresan el vigor y el aliento lírico que el carácter de Milton había predicho.

Mana de sí misma la pasión, y las imágenes la exaltan. Las palabras atrevidas, los excesos de estilo, hacen oír la voz vibrante del hombre que sufre, que se indigna y que ama. «Los libros -escribe en su Areopagítica- no son cosas absolutamente muertas; contienen en sí un poder vivificante tan activo como el alma que les ha dado el ser; mejor aún, conservan como en un estuche la eficacia y la pura esencia de la inteligencia viva que los ha engendrado. Me atrevo a decir que son tan animados y tan vigorosamente productivos como los dientes del dragón de la fábula, y que, desparramados por todas partes, pueden hacer que surjan hombres armados. Viene a ser casi lo mismo matar un hombre que un buen libro. Quien mata un hombre, mata una criatura racional, imagen viva de Dios; pero quien destruye un buen libro, mata la razón misma, mata la imagen de Dios en el ojo en que habita. Muchos de los hombres que viven son una inútil carga; pero un buen libro es preciosa sangre vital de un espíritu superior, guardada y conservada religiosamente como

tesoro para una existencia mucho más lejana que su propia vida... Tengamos cuidado, pues, con la persecución que dirijamos contra los vivos trabajos de los hombres públicos; no derrochemos esta vida incorruptible que se guarda en los libros, pues vemos que esta destrucción es algo así como homicidio, y a veces un martirio, y si se extiende a toda la prensa, una suerte de matanza cuyos perjuicios no se limitan a la pérdida de una vida, sino que llegan a la quintaesencia etérea, aliento de la razón misma, no siendo una vida lo que destruyen, sino una inmortalidad».

Es sublime esta energía; el hombre está a la altura de la causa que defiende, y jamás se ha dicho mayor verdad con mayor elocuencia. Con terribles frases anonada a los perseguidores de los libros, a los profanadores del pensamiento, a los asesinos de la libertad, «al Concilio de Trento y a la Inquisición, que han ideado y llevado a cabo esos catálogos, esos índices expurgatorios que rebuscan entre las entrañas de antiguos y buenos autores, cometiendo una violación peor que todos los atentados contra sus tumbas». Con idénticas expresiones azota a los espíritus vulgares que creen sin pensar, y convierten su servilismo en su religión. Algunos pasajes, por su amarga familiaridad, recuerdan a Swift y aun le superan por la imaginación y por la grandeza.

«Un hombre de verdadera fe -escribe- puede ser herético si cree las cosas sólo porque se las dice su pastor. La verdad que cree poseer se convierte en su herejía. Un hombre rico entregado a sus negocios y a sus placeres advierte que la religión es asunto tan embarazoso y lleno de enmarañadas cuentas que no sabe cómo abrirle crédito en sus libros. ¿Qué otra cosa ha de hacer sino tomar la resolución de apartarse de esa tarea y buscar algún agente, a cuyo cuidado y crédito entrega todos sus asuntos religiosos? Este agente será algún eclesiástico notable. Fiado en él, le abandona el depósito de sus efectos religiosos con llaves y cerraduras, y, en realidad, hace de este hombre su religión, de modo que en lo sucesivo no es él: es un ser separado y ajeno que va y viene cerea de él, según la frecuencia con que el eclesiástico visita la casa. Le aloja, le agasaja, le regala; su religión viene a verle todas las noches, reza, come opíparamente, duerme en mullido lecho, se levanta por la mañana, recibe los buenos días; y, después de preparar su estómago con algún brebaje bien saturado de especias, su religión se desayuna bien y sale dejando en la tienda a su excelente huésped traficando sin su religión todo el día.»

Como veis, se burla con aguda ironía; pues la ironía, por aguda que sea, le parece débil. Escuchadle cuando vuelve a su estilo favorito, cuando emplea la invectiva abierta y franca, cuando, después del fiel sensual, ataca al prelado sensual. «La mesa de la comunión -escribe-, trocada en mesa de separación, está dispuesta sobre una plataforma, frente al coro, rodeada de un pasillo y de una verja para evitar el contacto profano de los fieles, mientras que el sacerdote grosero y repleto no tiene escrúpulo en masticar el pan sacramental con tanta familiaridad como un trozo de mazapán de su propia mesa». Regocíjase pensando que todas estas profanaciones serán castigadas. La terrible doctrina de Calvino ha fijado de nuevo la atención de los hombres en el dogma de la maldición y de la condenación eterna. Milton amenaza con el Infierno y se embriaga de justicia y de venganza ante los abismos que abre y las llamas que enciende. «Serán arrojados -dice-, por toda la eternidad, en la más negra y profunda sima del Infierno, bajo el imperio humillante, bajo los pies, bajo el desprecio de todos los demás condenados que, en la angustia de sus torturas, tendrán por único regocijo ejercer frenética y bestial tiranía sobre ellos, sobre sus siervos y sus criados, y en ese estado permanecerán siempre los más viles, los más profundamente hundidos, los más degradados, los más pisoteados, los más aplastados de todos los esclavos de la perdición». Llega aquí a lo sublime el furor de Milton, y el Cristo de Miguel Angel no parece más inexorable ni más vengador que el poeta.

Digamos más aun. Unamos, como él lo hace, las perspectivas del Cielo a las visiones del Infierno. El libelo aquí se convierte en himno. «Cuando traigo a mi ánimo -exclama- la idea de que al Fin, después de tantos siglos durante los cuales el largo y fúnebre cortejo del Error había echado todas las estrellas fuera del firmamento de la Iglesia, la brillante y benéfica Reforma lanzó su luz a través de la espesa y negra noche de la ignorancia y de la tiranía anticristianas, me parece que en el pecho del que lee o del que escucha debe entrar a torrentes vivificante y sana alegría, y que el suave olor del Evangelio rodea su alma con todos los perfumes del Cielo». Sobrecargados de adornos, prolongados hasta el infinito, estos períodos son coros triunfantes de aleluyas angélicas, entonados por voces profundas al son de millares de áureas apas.

.....

La rigurosa dialéctica, el pesado y torpe ingenio, la fanática rusticidad, la épica grandeza de las superabundantes imágenes, el aliento y las temeridades de la pasión implacable y violenta, la sublimidad de la exaltación religiosa y lírica, ninguno de estos rasgos da a conocer un hombre nacido para explicar, persuadir y convencer. La escolástica y la rudeza de la época han enmohecido su lógica; la imaginación y el entusiasmo le han encadenado entre sus metáforas. De tal modo extraviado o halagado, no ha podido producir obra perfecta; sólo ha escrito libelos útiles en su oportunidad, condenados por el interés práctico y el odio contemporáneo, y bellos retazos aislados, inspirados por el encuentro de una gran idea y el brillo momentáneo del genio. Sin embargo, en estos restos abandonados aparece retratado el hombre. El espíritu sistemático y lírico aparecen en el libelo como en el poema. En Milton la facultad de abarcar grandes conjuntos y de entusiasmarse es igual en sus dos carreras, y en el Paraíso y en el Comus veréis lo mismo que habéis visto en el Tratado de la Reforma y en las Objeciones a un contradictor.

V

El poeta. - En lo que se parece y en lo que difiere de los poetas del Renacimiento. - De cómo impone un fin moral a la poesía. - «El Paraíso perdido». - Las condiciones de una verdadera epopeya no se encuentran ni en el siglo ni en el poeta. - Comparación de Eva y Adán con una familia inglesa. - Comparación de Dios y de los ángeles con una corte monárquica. - Lo que subsiste del poema. - Comparación de los sentimientos de Satanás con las pasiones republicanas. - Carácter lírico y moral de los paisajes. - Elevación y buen sentido de las ideas morales. - Situación del poeta y del poema entre dos épocas. - Construcción de su genio y de su obra.

«Milton me ha confesado - dice Dryden - que Spenser había sido su modelo». Ambos, en efecto, se parecían por la pureza y la elevación de la moral, por la abundancia y la trabazón del estilo, por los nobles sentimientos y por el bello orden clásico. Pero, además, Milton tenía otros maestros: Beaumont, Fletcher, Burton, Drummond, Ben Jonson, Shakespeare, todo el estupendo Renacimiento inglés, y tras de éste la poesía italiana, la antigüedad latina, la hermosa literatura griega y todas las fuentes en que se había inspirado el Renacimiento literario inglés.

Seguía, pues, la gran corriente, pero la seguía a su manera. Tomaba de ella la mitología, las alegorías, a veces los concetti [véanse el himno a la Natividad (principalmente las primeras estrofas) y Lycidas], y encontraba en ella su rico colorido, su magnífico sentimiento de la naturaleza viviente, su insaciable admiración por las formas y los colores. Pero al propio tiempo transformaba su dicción y daba nuevo empleo a la poesía.

No escribía únicamente por el impulso o la sensación que brota del contacto de las cosas, sino como literato, como humanista, sabiamente, ayudándose de los libros, estudiando los asuntos en los escritos precedentes y en sí mismos, añadiendo a sus imágenes las imágenes de otros, tomando y refundiendo las invenciones, como artista que multiplica y perfecciona los repujados y alicatados dispuestos ya en una diadema por la mano de veinte cinceladores. De esta suerte consiguió un estilo ordenado y brillante, menos natural que el de sus predecesores, no tan a propósito para las efusiones, para las sensaciones repentinas, pero más sólido, más regular, más apto para concentrar todos los centelleos y todos los resplandores de su imaginación.

Como Esquilo, componía frases de «seis codos», «engalanadas y vestidas de púrpura», y las hacía marchar, cual regio cortejo, delante de su idea para anunciarla y realzarla. Presentaba las hermosas ninfas, «rosas vivientes de los bosques, con sandalias de plata y túnicas de flores», y la tarde con capuchón gris, que, cual triste peregrino dentro del hábito monástico, camina tras las ruedas fugitivas del sol; «las islas, con su cinturón de olas, como ricos diamantes sembrados en el desnudo pecho del abismo»; «los hermosos querubines, en filas deslumbradoras, dirigiendo al cielo sus angélicas y sonoras trompetas». Amontonaba en espesos bosquecillos las flores que habían esparcido otros poetas; «la temprana primícula, que muere abandonada; el crestado jacinto, el pálido jazmín, la jaspeada trinitaria, el blanco clavel, la azul violeta, la rosa perfumada, la graciosa madre-selva con el cuco lánguido que inclina su pensativa cabeza, y todas las flores de delicados colores». Las convocaba en derredor de la tumba de su amigo y les decía: «al amaranto, que derramase en ella toda su belleza; a los narcisos, que llenasen de lágrimas sus copas». Hablaba a los hondos valles, donde habitan los suaves murmullos en las fugaces brisas en las cantarinas fuentes, y a cuyo fresco regazo no atenta la ardiente Sirio, y les decía que «alfombrasen todo el suelo con flores primaverales,

que arrojasen sobre aquella tumba los esmaltes de sus radiantes corolas, que beben perfumados rocíos en el verde césped».

Al salir de Cambridge, joven todavía, su inclinación iba a lo magnífico, a lo grandioso: necesitaba el gran verso redondo, la estrofa amplia y sonora, los períodos de catorce y veinticuatro versos. No apreciaba los objetos frente a frente y desde el suelo, como mortal, sino desde la altura, como los ángeles de Goethe (Fausto, Prolog im Himmel), que de una ojeada abarcan todo el Océano, luchando contra las costas y la tierra que gira envuelta en la armonía de los astros fraternales. No sentía la vida como los maestros del Renacimiento; sino lo grandioso, a la manera de Esquilo y de los profetas hebreos; espíritus viriles y líricos como el suyo, que, nutridos como él con las emociones religiosas y con el permanente entusiasmo, han mostrado la pompa y la majestad sacerdotales al igual que Milton.

No bastaban para expresar tal sentimiento las imágenes, no bastaba la poesía que entra por los ojos: eran necesarios los sonidos y esa poesía más íntima que, libre de representaciones corporales, llega al alma. Era músico, y sus himnos son lentos como una melopea y graves como una declamación. El mismo parece pintar su arte en estos versos incomparables, que se desarrollan como la solemne armonía de un motete.

En la profundidad de las noches, cuando el sopor - encadena los sentidos de los hombres, escucho - la armonía de las sirenas celestes-, que sentadas sobre las nueve esferas enrodadas - cantan para aquellas que manejan las tijeras de la vida - y hacen girar los husos de diamante - donde se enrosca el destino de los dioses y de los mortales. - Tal es el suave atractivo de la armonía sagrada, - para encantar a las hijas de la Necesidad, - para mantener la naturaleza vacilante en su ley - y para conducir la pausada danza de este bajo mundo - a los acentos celestes que nadie puede oír, - nadie formado de barro humano -, mientras no sean purificados sus groseros oídos.

Los asuntos cambian al mismo tiempo que el estilo; restringía y ennoblecía, a la par que el lenguaje, el dominio del poeta, y consagraba sus pensamientos igual que sus palabras. «Quien conoce la verdadera naturaleza de la poesía -decía algún tiempo después- sabe pronto también cuán despreciables son los rimadores vulgares, y qué religioso, qué glorioso, que magnífico uso puede hacerse de la poesía en las cosas divinas y en las humanas... Es un don divino, raramente concedido, que sólo obtienen algunos en cada nación; poder puesto al lado de la tribuna para plantar y nutrir en su gran pueblo las semillas de la virtud y de la honradez pública, para apaciguar las turbaciones del alma y equilibrar las emociones; para celebrar en elevados y grandiosos himnos el trono y el acompañamiento de Dios todopoderoso, para cantar las victoriosas agonías de los santos y los mártires, las acciones y los triunfos de las naciones justas y piadosas que valientemente combaten por la fe contra los enemigos de Cristo».

Desde un principio, en efecto, en la escuela de San Pablo y en Cambridge, había parafraseado los salmos y compuesto odas a la Natividad, a la Circuncisión y a la Pasión. Poco después aparecen los tristes cantos a la muerte de un niño y a la de una noble dama; posteriormente, a propósito de una música solemne, graves y nobles versos sobre el Tiempo, a sus veintitrés años, «tardía primavera que aun no ha mostrado capullos ni dado flores».

Va al campo con su padre, y las impacencias, los ensueños, las primeras ilusiones de la juventud surgen en su corazón como matinal perfume en día de estío. Pero, ¡qué distancia hay entre estas contemplaciones sonrientes y serenas y la cálida adolescencia, el voluptuoso Adonis de Shakespeare! Las alegrías de Milton se limitan a pasear, ver y escuchar; son alegrías poéticas, espirituales. Escucha «a la alondra que levanta el vuelo y despierta con su canto a la macilenta noche, hasta que rompe el alba sonrosada; al labrador que silba sobre el surco que abre su arado el ingenuo canto de la lechera; al segador que afila la hoz en el valle, bajo el espino». Ve los bailes y las romerías de mayo en la aldea; contempla las solemnes procesiones, y «el rumor afanoso de la multitud en las grandes ciudades». Lo atraen especialmente la melodía, los divinos arrullos de los versos suaves y los dulces ensueños que con luz de oro hacen pasar a nuestros ojos. Se limita a esto, y como si fuera demasiado lejos, para contrabalancear tal elogio de las alegrías sensibles, invoca a la Melancolía, «monja piadosa, pensativa y pura, envuelta en los majestuosos pliegues de su oscuro manto, que avanza con mesura y aspecto contemplativo, y le contesta elevando al cielo los ojos»; con ella va errando, preocupado con los graves pensamientos y variados espectáculos, que recuerdan al hombre su condición y le preparan a sus deberes, a veces bajo las copas de árboles seculares, que abrigan el silencio y el crepúsculo; a veces por «los callados claustros que excitan al estudio, o bajo los solemnes arcos, las ventanas de pintados cristales y los labrados rosetones, que sólo dejan paso a una impresionante

semiclaridad»; a veces, en fin, en el recogimiento del gabinete de trabajo, donde canta el grillo, donde brilla la lámpara laboriosa, donde el espíritu, a solas con los nobles espíritus de épocas pasadas, evoca a Platón para saber a «qué mundos, a qué vastas regiones va el alma inmortal, cuando abandona su casa de carne y el estrecho mundo en que nos movemos».

En todas sus obras aparece esta elevada filosofía, cualquiera que fuese la lengua utilizada: inglés, italiano o latín; cualquiera que fuese el género de la composición: sonetos, himnos, odas, tragedias o epopeyas. Elogia siempre el amor casto, la piedad, la generosidad, la fuerza heroica, no por escrúpulos, sino porque la condición de su naturaleza le obligaba a estos nobles conceptos. Milton admira, como Shakespeare crea, como Swift destruye, como Byron combate, como Spenser sueña. Imprimía su carácter propio hasta en los poemas decorativos que sólo servían para presentar al público trajes y decoraciones, en Máscaras, como las de Ben Jonson. Eran diversiones familiares, y las convertía en enseñanzas de magnanimidad y de constancia.

.....

Desde su regreso de Italia la controversia y la acción arrastran su ánimo; la poesía se detiene y empieza la prosa. De vez en cuando este largo silencio es interrumpido por un soneto patriótico o religioso, ya para alabar a los jefes puritanos Cromwell, Vane, Fairfax; ya para honrar la muerte de una piadosa amiga, o la vida «de una virtuosa joven»; bien para pedir a Dios «que vengue sus santos degollados», los desgraciados protestantes del Piamonte, «cuyos huesos están esparcidos en las frías vertientes de los Alpes»; bien para recordar a su segunda esposa, muerta al cabo de un año de matrimonio, «su santa» y amadísima esposa, que se le ha aparecido en sueños «cual Alcestes levantado de la tumba con amplia vestidura blanca, puro como su alma».

Estos sonetos expresan amistad leal, dolores aceptados, aspiraciones generosas o estoicas, depuradas por los vaivenes de la suerte.

Anciano ya, excluído del poder, de la acción, hasta de la esperanza, retorna a los grandes ensueños de la juventud. Busca como entonces lo sublime, fuera de este bajo mundo, porque en éste lo real es pequeño, y lo familiar parece vulgar. Hace que sus nuevos personajes retrocedan hasta el extremo de la antigüedad sagrada, porque la distancia aumenta su figura, y faltando la costumbre de medirla, no se les rebaja. Aparecen inmediatamente los seres fantásticos: la Alegría, hija del Céfito y de la Aurora; la Melancolía hija de Vesta y de Saturno; el hijo de Circe, Comus, coronado de hiedra, dios de los rumorosos bosques y de la orgía tumultuosa. En seguida aparece Sansón, el que desprecia los gigantes, el elegido del Dios fuerte, el exterminador de los idólatras; Satanás y sus secuaces, Cristo y sus ángeles, se presentarán luego como estatuas sobrehumanas, y la distancia, frustrando todo intento de nuestras manos curiosas, preservará su majestad y conservará nuestra admiración.

Subamos aún más alto, hasta el origen de las cosas, hasta los principios del pensamiento y de la vida, hasta los combates que Dios libra en ese mundo desconocido en que los sentimientos y los seres, superiores al alcance de los humanos, lo son también a su juicio y a su crítica, infundiendo en el ánimo la veneración o el terror. Cuando los versos solemnes proclaman las acciones de estas inciertas figuras, experimentamos la misma emoción que cuando en una catedral el órgano prolonga sus sonidos bajo los grandes arcos, y las nubes de incienso, al través de las luces de los cirios, borran los contornos de las enormes columnas.

Mas, si el corazón permanece igual, el genio se transforma: la virilidad ha sustituido a la juventud; es menor la riqueza y mayor la severidad. Diecisiete años de luchas y de desgracias han entregado esta alma a las ideas religiosas. La mitología ha dejado su lugar a la teología; la costumbre de disertar ha amortiguado la inspiración lírica, y la erudición acrecentada ahoga el genio original. El poeta no canta ya en versos sublimes: relata o arenga en versos graves; no inventa un género personal: imita la tragedia o la epopeya antiguas. Sansón le parece una tragedia conceptuosa y fría; el Paraíso reconquistado, una epopeya noble pero también fría y escribe un poema imperfecto y sublime: El Paraíso perdido.

.....

Todavía el protestantismo no había alterado ni renovado la naturaleza divina; respetuoso del símbolo admitido y de la antigua leyenda, no había hecho más que transformar la disciplina eclesiástica y el dogma

de la gracia. Sólo había hablado de la salvación personal del cristiano y de la libertad de los legos; ni había refundido al hombre, ni reformado la idea de Dios; no podía, por lo tanto, producir una epopeya divina, sino una epopeya humana; no eran las luchas y las obras del Señor lo que podía cantar, sino las inclinaciones y la salud de las almas.

Durante la época de Cristo brotaban los poemas cosmogónicos; durante la de Milton brotaban las confesiones psicológicas. Cada imaginación producía, en la época de Cristo, una jerarquía de seres sobrenaturales y una historia del mundo; en la de Milton, cada corazón refería sus palpitaciones y la historia de la Gracia. A Milton la erudición y la reflexión le inspiraron un poema metafísico que no era propio de su tiempo, en tanto que la inspiración y la ignorancia revelaban a Bunyan la narración psicológica que convenía a su siglo, y el genio del grande hombre resultaba más débil que la ingenuidad del obrero manual.

Desaparecida la ilusión lírica, deja entrar en su poema el examen crítico. Libres de entusiasmo, juzgamos sus personajes y exigimos que sean vivos, reales, que se muevan de acuerdo con ellos mismos, como los de una novela o un drama. No escuchando las odas, queremos ver almas y objetos; queremos que Adán y Eva obren y sientan conforme a su naturaleza primitiva; que Dios, Satanás y el Mesías obren y sientan de acuerdo con su naturaleza sobrehumana. Shakespeare apenas bastaría para tal empresa; Milton, lógico y razonador, sucumbe en ella. Hace discursos correctos, solemnes, pero nada más; sus personajes son más bien arengas, y en los sentimientos que expresan apenas hay otra cosa que contradicciones y puerilidades.

Al acercarme a Eva y Adán, la primera pareja, creo encontrar la Eva y el Adán de Rafael imitados por Milton; hermosos, jóvenes, fuertes, voluptuosos, desnudos a la luz del día, inmóviles y despreocupados ante los grandes paisajes, con la mirada brillante y vaga, sin más ideas que las del toro y la yegua que pastan detrás de ellos. Presto atención a lo que hablan: una familia inglesa, dos razonadores de la época, como el coronel Hutchinson y su esposa, por ejemplo. ¡Dios mío! Vestidles pronto. Personas tan cultas hubieran inventado antes que ninguna otra cosa el pudor y los vestidos. ¡Qué diálogos! Son disertaciones que terminan con graciosas frases; sermones recíprocos que acaban con reverencias. ¡Y qué reverencias! ¡Qué cumplimientos filosóficos y qué sonrisas morales! «Yo cedí -dice Eva-, y desde entonces sé cuán superior es a la belleza la gracia viril y la sabiduría, única verdaderamente bella». Sabio y querido poeta, satisfecho hubieseis quedado si una de vuestras tres esposas, buena colegiala, como conclusión os dijera esta sólida máxima categórica. Y os la han dicho, porque la siguiente escena pertenece a vuestra vida conyugal:

«De esta manera habló la madre del género humano, y con miradas de halago amoroso no rechazado, se apoyó en dulce abandono, medio abrazando a nuestro primer padre. Este, entusiasmado por su belleza y sus sometidos encantos, sonrió con amor digno y oprimió los labios de la matrona con puro beso».

Antes de entrar en el Paraíso terrenal, este Adán pasó por Inglaterra; allí aprendió la *respectability*, y allí estudió el discurso moral. Prestemos atención a este hombre que aun no ha probado el árbol de la ciencia: no hay doctor alguno que en su discurso de recepción exprese con más nobleza mayor número de huecas sentencias. «Mi bella compañera, la hora de la noche y el sueño de todas las criaturas en su retiro nos advierten que de igual modo debemos descansar nosotros, puesto que Dios ha establecido para los hombres el alternativo cambio del descanso y del trabajo, como la noche y el día, y puesto que el oportuno rocío del sueño abate nuestros párpados con su blando y letárgico peso. Las demás criaturas pasan ociosas todo el día, sin ocupación, y necesitan menos el descanso. Por disposición del Altísimo, el hombre está obligado a diario trabajo de cuerpo y de espíritu, que prueba su dignidad y lo que el Cielo cuida de todos sus actos, mientras que los demás seres vagan desocupados, sin que Dios les pida cuenta alguna de sus acciones».

En esta utilísima y excelentísima exhortación puritana se ve la virtud y la moral inglesas, y los padres podrán leerla a sus hijos, por las noches, de igual modo que la Biblia. Adán es el verdadero jefe de la familia, elector, miembro de la Cámara de los Comunes, antiguo estudiante en Oxford, a quien en caso preciso consulta su esposa, a la que da en dosis prudentes las soluciones científicas que necesita. Esta noche, por ejemplo, la infeliz ha tenido una pesadilla, y Adán, con su puntiagudo gorro de dormir encasquetado, le administra esta lección psicológica:

«Has de saber que en el alma hay muchas facultades inferiores que sirven como esclavos a la Razón. Entre estas facultades, la Imaginación ocupa el cargo principal. Con todas las formas exteriores que los sentidos representan crea formas vagas que la Razón une o separa, y con ellas compone todo lo que afirmamos o negamos. Frecuentemente, cuando ella falta, procura hacerlo la Imaginación, que trata de imitarla; pero, reuniendo mal sus fuerzas, sólo produce una obra incoherente, sobre todo durante el sueño, por mezclar sin orden palabras o acciones presentes o pasadas». Hay aquí motivo bastante para que la pobre Eva vuelva a

dormirse, y al ver este efecto, Adán añade cual acreditado casuista: «No estés triste; el mal puede entrar en el espíritu de Dios y del hombre sin su consentimiento y pasar de largo, sin dejar tras sí ninguna mancha o falta». Bien se ve al marido protestante, confesor de su esposa.

Un ángel llega de visita al día siguiente, y Adán dice a Eva que se procure las provisiones. Ella discute un momento, como mujer hacendosa, la comida que ha de ofrecer al huésped, no sin que le enorgullezca su despensa. «El ángel confesará que Dios ha derramado sus riquezas sobre la tierra lo mismo que en el Cielo». El amable celo de una lady hospitalaria está pintado en esto.

Eva se marcha apresuradamente y mirando afanosa. ¿Cómo escogerá lo más delicado? ¿A qué orden, a qué medio apelará para que no haya confusión en el gusto, para que resulte afortunado contraste entre uno y otro sabor? Ella fabrica vino dulce, jugo de peras, cremas, esparce flores y hojas sobre la mesa. ¡Qué excelente ama de casa! ¡Y qué bien conseguirá votos entre los señores de la campiña cuando Adán se presente candidato a una banca en el Parlamento!

Adán es de la oposición, whig, puritano. Sale a recibir al ángel sin otro acompañamiento que sus propias perfecciones, llevando en sí toda su corte, más solemne que la enojosa pompa de los príncipes, con la larga fila de sus hermosos caballos y de sus lacayos vestidos con bordados de oro. El poema épico se convierte en poema político y este detalle resulta un epigrama contra el poder.

Fueron un poco largos los saludos y cumplimientos; pero, como por fortuna los manjares eran fiambres, «no había peligro de que la comida se enfriase».

Aunque etéreo, el ángel come al igual de un campesino de Lincolnshire, «no en apariencia ni en humo, según la vulgar interpretación de los teólogos, sino con el vivo apresuramiento de un hambre real y de un calor digestivo para asimilar el alimento, transpirando fácilmente lo superfluo a través de su sustancia espiritual».

Eva escucha en la mesa las historias del ángel, y, a los postres, cuando empieza la conversación sobre política, se aleja discretamente. Las damas inglesas, por este ejemplo, aprenderán a conocer, en la cara de sus maridos, «cuándo van a expresar sus abstrusos y estudiados pensamientos». No les permite volar tan alto su sexo, y una mujer prudente «preferirá las explicaciones de su marido a las de un extraño».

Escucha Adán un breve discurso sobre astronomía, y, como inglés práctico, deduce «que la primera sabiduría es la de reconocer los objetos que nos rodean en la vida diaria; que lo demás es humo vano, pura extravagancia que nos hace inexpertos, inhábiles y siempre inciertos para las cosas que más nos importan».

Se marcha el ángel. Descontenta Eva de su jardín, quiere hacer en él algunas reformas, y propone a su marido trabajar ambos, cada cual de un lado. «Eva -dice Adán con sonrisa de aprobación-, nada sienta mejor a una mujer que el pensar en los bienes de la casa e impulsar a su marido a un trabajo conveniente». Pero teme por ella, y quisiera que permaneciese a su lado: Eva, ofendida en su amor propio, se enfada como una joven miss a quien no se le permitiera salir sola. Triunfa en su deseo, se aleja, y come la manzana. Este es el momento en que caen sobre el lector los interminables discursos tan abundantes y fríos como las duchas de lluvia en invierno. No son tan pesadas las arengas del Parlamento, *expurgado* por Cromwell. La serpiente seduce a Eva con una colección de entimemas dignos del escrupuloso Chillingworth y llena la pobre cabeza con el humo silogístico.

«La prohibición de Dios -dice Eva para sí- recomienda este fruto, pues aquélla infiere el bien que éste comunica y nuestra necesidad de poseerlo; porque un bien desconocido, desde luego, no es poseído; y si es poseído y continúa desconocido, resulta igual que si no se lo posee por completo. *Tales prohibiciones no obligan*». Se ve que Eva sale de Oxford, donde ha estudiado leyes en las aulas del Templo, y lleva el birrete de doctor tan bien como su marido.

No se detiene la marea de las disertaciones: del Paraíso sube al Empíreo; nada bastará a detenerla: ni el Cielo, ni la tierra, ni el mismo Infierno.

Dios es el más hermoso de cuantos personajes pueda poner en escena el hombre. Las cosmogonías son poemas sublimes, y el genio de los artistas no llega a su último límite sino sostenido por tales concepciones. Los poemas sagrados de la India, las profecías de la Biblia, el Edda, el Olimpo de Hesíodo y el de Homero, las visiones de Dante, son flores radiantes donde brilla concentrada toda una civilización; y, ante la sensación fulminante que las ha hecho surgir de lo más profundo de nuestro corazón, todo desaparece.

Por esto, nada es tan triste como la degradación de estas nobles ideas cuando caen bajo la regularidad de las fórmulas y son sometidas a la disciplina del culto popular; nada tan pequeño como un Dios rebajado a rey o a cortesano; nada más feo que el Jehová hebreo definido por la pedantería de los teólogos, ajustado

en sus acciones al último manual del dogma, petrificado por la interpretación literal, con un rótulo puesto como en un venerable mueble de cualquier museo de antigüedades.

En la obra de Milton, Jehová es un rey grave, de representación conveniente, casi, casi, como Carlos I. La primera vez que se le encuentra en el libro tercero está exponiendo un asunto en consejo. Fácilmente se adivina en el estilo su bello traje con pieles, su barba puntiaguda a lo Van Dyck, su asiento de terciopelo y su dorado dosel. Se trata de una ley que da malos resultados, y quiere justificar a su gobierno. Adán va a comer la manzana. ¿Por qué ha sido tentado Adán? El regio orador diserta y demuestra: «Adán es capaz de resistir la tentación, pero libre para caer en ella: Así he creado todos los poderes etéreos, todos los espíritus, los que han resistido y los que han sido vencidos, obrando unos y otros con libertad. Sin ésta, ¿qué prueba sincera hubiesen podido dar de su verdadera obediencia, de su constante fe, de su amor, debiendo limitarse a actos forzosos y sin poder ejecutar los voluntarios? ¿A qué elogio se hubieran hecho acreedores? ¿Qué satisfacción me proporcionaría una obediencia de tal modo pagada, si la voluntad y la razón (la razón también es libre), inútiles y vanas, ambas despojadas de libertad, pasivas, sirvieran a la necesidad y no a mí? Han sido, pues, creadas en el estado que exigía la equidad, y en justicia no pueden acusar a su creador ni a su naturaleza, ni a su destino, como si la predestinación dominase su voluntad, fijada por decreto absoluto o por una presciencia superior. Han sido ellos mismos quienes han decretado su propia rebeldía, sin intervención alguna de mi parte. Si lo he previsto, para nada la presciencia ha influido en su falta, que, no prevista, hubiera sido igualmente cierta». De este modo, sin impulso alguno, sin la menor apariencia de fatalidad, sin que nada haya previsto por mí de manera inmutable, pecan porque al juzgar y al escoger son dueños de sus acciones».

Dado que el lector moderno no es tan paciente como los Tronos, los Serafines y las Dominaciones, suspendo en la mitad la exposición del regio discurso. Bien se ve que el Jehová de Milton es hijo del teólogo Jacobo I, muy versado en las disputas de arminianos y gomaristas, muy hábil en el distinguo, y, sobre todo, terriblemente fastidioso. Para obligarles a escuchar tan fatigosas arengas debe dar pingües sueldos a sus ministros. Su hijo, el Príncipe de Gales, respetuosamente le responde en igual estilo. ¡Cómo rebaja a este Dios, hombre de negocios, hombre de escuela, hombre de ceremonia, el Dios de Goethe, semiabstracción, semileyenda, fuente de serenos oráculos, creación entrevista sobre una pirámide de estrofas estáticas [Fin de la segunda parte de Fausto. Prólogo en el Cielo.] Y concedo demasiado honor al Dios de Milton otorgándole tales títulos, pues los merece peores cuando, por medio de Rafael, advierte a Adán que Satanás no le quiere bien. «Que lo sepa -dice-, no sea que, transigiendo voluntariamente, tome por pretexto la sorpresa, alegando que no se le ha advertido». ¿No es este Dios un maestro de escuela que, previendo el solecismo de su discípulo, le recuerda de antemano la regla gramatical, para tener después el placer de refír sin que pueda discutirsele?

Como buen político, tenía otro motivo, además; el mismo que para sus ángeles: procedía así «por la pompa, a título de Rey absoluto, para acompañar sus altos decretos y perfeccionar la debida obediencia». La frase es baja, y por ella se ve lo que es el cielo de Milton: un Whitehall con lacayos lujosos. Los ángeles son músicos de capilla, cuyo oficio consiste en entonar himnos para el Rey y por el Rey, «conservando su puesto mientras dura su obediencia», relevándose para que la música no se interrumpa toda la noche alrededor de su alcoba (Esto recuerda la historia en que Voltaire habla de Irax, condenado a sufrir sin tregua ni descanso los elogios de cuatro cortesanos y esta cantata: ¡Qué mérito tan grande! / ¡Qué ingenio, qué esplendor! / ¡Contento de sí mismo / Debe estar monseñor!). ¡Qué vida la de este pobre Rey! ¡Qué condición tan cruel la de escuchar sus propias alabanzas durante toda la eternidad!

El Dios de Milton, para distraerse, decide coronar a su hijo como Rey Kingpartner, si se quiere. Vea el lector este pasaje, y diga si no se trata de una ceremonia de la época del poeta. Todas las tropas están formadas, cada cual en su puesto, «llevando bordados en los estandartes, como blasones, actos de celo y fidelidad», tal vez la presa de un navío holandés o la derrota de los españoles en las Dunas. El Rey presenta a su hijo, le «unge», declara que es «su Virrey». «Que todas las rodillas se hinquen ante él; quien le desobedezca, me desobedece», y aquel mismo día es arrojado del palacio. «Todo el mundo parece satisfecho, pero hay quien no lo está». Sin embargo, «pasan el día cantando y danzando, y después del baile tienen un espléndido festín».

Milton describe las mesas, los manjares, el vino, las copas. Es una romería, una fiesta popular, en la que se echan de menos los fuegos de artificio y el repicar de las campanas que suenan en Londres, y donde imagino que se brindaría a la salud del nuevo monarca.

Después Satanás se rebela. Lleva sus tropas al otro extremo del país, como Lambert o Monk «a los cuarteles del Norte», probablemente a Escocia, cruzando regiones bien administradas, «imperios» con sus lores lugartenientes y su sheriff. El Cielo está dividido como un buen mapa. Satanás da una conferencia delante de sus oficiales contra la monarquía; lucha en torneo de arengas contra Abdiel, buen realista, que refuta «sus argumentos blasfemos» y va a unirse en Oxford con su rey.

El rebelde, bien equipado, emprende la marcha con sus arqueros y sus artilleros, para atacar la plaza fuerte de Dios. Ambos ejércitos se destrozan a golpes de sable, se barren a cañonazos y se aplastan a fuerza de razonamientos políticos. Estos desgraciados ángeles tienen el espíritu tan disciplinado como los movimientos, y se ve que han pasado su juventud en la escuela del silogismo y en el cuartel. Satanás tiene frases de predicador. «Dios - dice - se ha equivocado; así, pues, aunque le hayamos juzgado omnisciente, no es infalible en el conocimiento del porvenir». Da órdenes de cabo instructor como éstas: «Vanguardia, abrid el frente a derecha e izquierda». Hace retruécanos tan torpes como los de Harrison, el carnicero que llegó a ser oficial. ¡Lindo Cielo! Hay motivo para perder la afición al Paraíso. Tanto valdría entrar en la servidumbre de Carlos I o en el cuerpo de coraceros de Cromwell. En él hay órdenes del día, un escalafón, una disciplina rigurosa, servicios de vigilancia (por ejemplo, el que cumple Rafael a las puertas del Infierno. Allí se aburre mucho, y «regocíjase grandemente» cuando vuelve al Cielo), disputas, ceremonias reglamentadas, etiqueta, armas prohibidas, arsenales, depósitos de carros y almacenes de municiones. ¿Vale la pena dejar la tierra para encontrar en las alturas la carpintería, la intendencia, la artillería, el manual administrativo, el arte de saludar y el almanaque real? ¿Son estas las cosas que no han visto los ojos, ni escuchado los oídos, ni soñado el corazón? ¡Cuán lejos están de esta ropavejería monárquica (cuando Rafael llega a la tierra, los ángeles que hacen guardia alrededor del Paraíso le presentan armas. El rasgo más desagradable y característico de este Paraíso consiste en que el motor universal es la obediencia, en tanto que en el de Dante es el amor) las apariciones de Dante, las almas que flotan como estrellas, los confusos resplandores, las rosas místicas que irradian y desaparecen en el cielo azulado; el mundo impalpable donde desaparecen todas las leyes de la vida terrestre, el abismo insondable atravesado por rápidas visiones parecidas a las doradas abejas que cruzan por entre los rayos del sol! ¿No es señal de que se apaga la imaginación, de que la prosa empieza, de que nace el genio práctico y sustituye la metafísica con la moral? ¡Qué enorme descenso! Para comprenderlo, volved a leer un verdadero poema cristiano, el Apocalipsis. Juzgad por estas líneas lo que ha llegado a ser en el imitador:

«Entonces me volví para ver de dónde procedía la voz que me hablaba, y al volverme vi siete candelabros de oro.

«Y, en medio de los siete candelabros, a uno que se parecía al Hijo del Hombre, vestido con larga túnica y ceñido el pecho con un cinturón de oro.

«Su cabeza y sus cabellos eran blancos como la lana blanca y como la nieve, y sus ojos eran como llama de fuego.

«Sus pies parecían al bronce más fino que se tuviese en ardiente homo, y su voz era como el ruido de las grandes aguas.

«Tenía siete estrellas en su mano derecha, una aguda espada de doble filo salía de su boca, y su mirada resplandecía como el sol cuando brilla con toda su fuerza.

«Al verle, caí como muerto a sus pies».

Mas si la costumbre innata e inveterada de la argumentación lógica, unida a la teología literal de la época, le impidieron llegar a la ilusión lírica o crear «almas vivientes, la magnificencia de su grandiosa imaginación, unida a la pasión puritana, le facilitaron elementos para crear un personaje heroico, muchos himnos sublimes y paisajes que nadie ha superado.

El Infierno es lo más bello que hay en el Paraíso, y en esta historia de Dios el primer papel corresponde a Satanás. El ridículo diablo de la Edad Media, gracioso cornudo, sucio intrigante, mico trivial y perverso director de orquesta en un aquelarre de viejas, se transforma en un gigante, en un héroe. Como Cromwell, vencido y desterrado, sigue siendo admirado y obedecido por los mismos a quienes ha precipitado en los abismos.

Es digno de ser señor, y por eso continúa siéndolo. Más constante, más emprendedor, más político que los demás, de él son los consejos profundos, los recursos inesperados, los actos de valor; él es quien inventa en el Cielo las armas fulminantes y gana la victoria del segundo día; él es quien en el Infierno reanima sus

tropas y concibe la perdición del hombre; él es quien, cruzando las guardadas puertas y el caos infinito a través de obstáculos y peligros, rebela al hombre contra Dios y gana para el Infierno a todos los nuevos vivientes.

Aun derrotado, vence, porque priva al Rey de una tercera parte de los ángeles y de casi todos los hijos de Adán; herido, triunfa, porque el rayo que destroza su cabeza deja invencible su corazón. Más débil en fuerza, es superior en nobleza, porque prefiere la independencia dolorosa a la servidumbre feliz, y acepta su derrota y sus torturas como una libertad, una fortuna y una gloria. En esta figura resaltan las fieras y sombrías pasiones políticas de los puritanos abatidos pero consecuentes; Milton las había sentido en las vicisitudes de la guerra, y los emigrantes, refugiados entre los salvajes y las fieras de América, las tenían vivas y de pie en lo más profundo del alma.

El sombrío heroísmo del Satanás de Milton, su dura obstinación, su punzante ironía, aquellos brazos orgullosos y fuertes que abrazan al dolor como a una amante, la concentración del valor invicto que, replegado en sí mismo, encuentra todos los medios y recursos para defenderse el poder de la pasión y el imperio sobre la pasión son los rasgos distintivos del carácter inglés y de la literatura inglesa, y se encuentran después en Lara y en el Conrado de lord Byron.

Todo es grande en el Satanás de Milton y a su alrededor. El Infierno de Dante queda reducido a un sótano de torturas cuyas estancias superpuestas descienden por pisos regulares hasta el último pozo. El de Milton, en cambio, es inmenso y vago; «lugar horrible, flameando como un horno, cuyas llamas no tienen luz, sino tinieblas visibles que descubren aspectos de desolación; regiones de duelo, lúgubres sombras, océanos de fuego, helados continentes que se extienden negros y salvajes, azotados por espantosos torbellinos de duro granizo que jamás se licua y cuyos montones parecen ruinas de antiguos edificios». Los ángeles se reúnen en innumerables legiones parecidas a bosques de pinos en las montañas, con las cabezas escoriadas por el rayo; aunque despojados permanecen de pie, imponentes, sobre el abrasado arenal.

Milton precisa y prodiga lo grandioso, lo infinito. Su vista exige para reposar el espacio sin límites y para poblar sólo engendra colosos. Así es Satanás revolcándose sobre el mar lívido.

Spenser ha creado figuras tan grandes como las de Milton, pero no tiene la trágica grandeza que imprime en un protestante la idea del Infierno. No hay creación poética alguna que iguale en horror y en grandiosidad al espectáculo que, al salir de su calabozo, encuentra Satanás.

La batalla infernal está animada por el aliento heroico del viejo campeón de las guerras civiles, y si se me preguntara por qué Milton crea más grandes cosas que los otros poetas, respondería que porque tiene un corazón más grande.

De ahí proviene la sublimidad de sus paisajes. Si no fuera por miedo a la paranoia, diría que son escuela de virtud.

.....

Alejémonos de estos espectáculos sobrehumanos o fantásticos. Milton hará que los iguale una sencilla puesta de sol, llenándola de graves alegorías y de solemnes figuras, y naciendo lo sublime del poeta, como antes nacía del asunto. Las luces con sus cambios, forman una procesión de seres vagos que llenan el alma de veneración. Santificado de esta manera, el poeta reza. De pie, frente al lecho nupcial de Eva y Adán, saluda «al amor conyugal, ley misteriosa, verdadera fuente de la raza humana, que arrojó lejos de los hombres el libertinaje, hasta los rebaños de los animales; que funda en razón leal, justa y pura los parentescos y todas las temuras del padre, del hijo, del hermano». Lo justifica con el ejemplo de los patriarcas. Inmola ante sí el amor mercenario y la loca galantería, las mujeres desordenadas y sin corazón. Nos encontramos a enorme distancia de Shakespeare, y en esta alabanza protestante de la familia, del amor conyugal, de los «halagos de la vida doméstica», de la devoción reglamentada y del hogar, fácilmente se advierte una nueva literatura y una época distinta.

¡Qué genio tan singular y qué espectáculo tan extraño! Milton nació con el instinto de las cosas nobles, y al fortificar este instinto con la meditación solitaria, con la acumulación del saber, con el rigorismo de la lógica, se convierte en un conjunto de máximas y creencias que no podrá disolver ninguna tentación, ni destruir ninguna contrariedad. Así preparado, atraviesa la vida combatiendo, como poeta, con actos valerosos y espléndidas ilusiones, heroico y rudo, quimérico y apasionado, desinteresado y sereno como todo razonador, ensimismado como todo entusiasta, insensible a la experiencia y enamorado de la belleza.

Impulsado hacia la política y la teología por el acaso de una revolución, reclama para los demás la libertad que su poderosa razón necesitaba, y lucha contra las trabas públicas que encadenaban su personal impulso. Su fuerte inteligencia es más capaz que otra alguna de acumular la ciencia; el vigor de su entusiasmo lo capacita mejor que a cualquier otro para sentir el odio.

.....

La circunstancia de ver un trono derribado y después restablecido lo lleva antes de la revolución a la poesía pagana y moral; después de la revolución lo impulsa a la poesía cristiana y moral. En ambas busca lo sublime e inspira admiración, porque lo sublime es obra de la razón entusiasta, y la admiración es el entusiasmo de la razón. En ambas lo consigue merced al conjunto de magnificencias, a la sostenida amplitud del canto poético, a la grandeza de las alegorías, a la elevación de los sentimientos, a la pintura de los objetos y de las emociones heroicas. En la primera, como lírico y filósofo, poseedor de una libertad poética más amplia y creador de una ilusión poética más poderosa, produce odas y coros casi perfectos; en la segunda, como épico y protestante, encadenado por una teología adusta, privado del estilo que hace visible lo sobrenatural, desprovisto de la sensibilidad dramática que crea almas vivas y variadas, amontona frías disertaciones, hace del hombre y de Dios máquinas ortodoxas y vulgares, y sólo halla su genio cuando presta a Satanás su alma republicana, cuando describe los paisajes grandiosos y las apariciones colosales, cuando consagra su numen a la alabanza del deber y de la religión.

Por haber nacido entre dos épocas, participa de dos naturalezas, como río que, deslizándose entre dos tierras distintas, se tiñe de dos colores. Poeta protestante, recibió de la época que tocaba a su término la libre inspiración poética, y de la época que comenzaba, la severa religión política; puso aquella al servicio de ésta, y aplicó la inspiración antigua a los asuntos nuevos. Dos Inglaterra se reconocen en su obra: la una, apasionada por lo bello, entregada a las emociones de la sensibilidad desenfrenada y a las fantasmagorías de la imaginación pura, sin más límite que los sentimientos naturales, sin más religión que las creencias naturales, pagana hasta cierto punto y, con frecuencia, inmoral. Así la presentan Ben Jonson, Beaumont, Fletcher, Shakespeare, Spenser y toda la magnífica pléyade de poetas que florece en aquel suelo durante cincuenta años. La otra, dotada de una religión práctica y desprovista de invención metafísica, entregada por completo a la política, profesando culto a la reglamentación, defensora de las opiniones justas, sensatas, útiles, rígidas, elogiando las virtudes de la familia, armada de inflexible moralidad, precipitada en la prosa y elevada al mayor grado de riqueza, poderío y libertad. Bajo este aspecto, el estilo y las ideas de Milton son monumentos de historia, porque resumen y recuerdan lo pasado o anticipan lo porvenir, y en los límites de una sola obra se concentran los hechos y los sentimientos de muchos siglos y de un país.